

## CONFERENCIA

dada por el doctor Manuel José Huertas G.,

Secretario del Ministerio de Educación Nacional, el día 17 de noviembre de 1931, en el «Foyer» del Teatro de Colón y Patrocinada por el Centro de Estudios.

Dos son los problemas principales que en materia de educación pública preocupan no sólo a Colombia sino a todas las naciones. Podría decirse que son problemas eternos, nacidos con la humanidad y que terminarán con el mundo. El primero se refiere a los procedimientos que deban emplearse como medio para conseguir el fin de la educación y el segundo se relaciona con la parte administrativa de la educación pública. Ambos están íntimamente ligados, si bien es cierto que el último es local, es decir, depende de las condiciones económicas de cada nación y debe por consiguiente tratarse en cada Estado, de manera diferente.

En Colombia es muy frecuente que se confunda un problema con el otro; se habla, aun por personas entendidas en estos asuntos, confundiéndolos; reina la anarquía y se llega, en la exageración quizá noble y patriótica, a culpar al Gobierno Nacional porque el maestro no emplea el método *A* o *B*.

Se necesita ordenar, definir y luego concluir.

En esta ocasión únicamente alcanzaré a bosquejar el primero de estos problemas, pero debido a la gentileza del señor Director del Colegio Alemán, doctor Hoffman, quien me ha invitado para que dicte otra Conferencia de la serie que mensualmente tiene establecidas, y además en el Instituto Pedagógico Nacional para Señoritas, en donde el señor Ministro de Educación Nacional abriga el propósito de iniciar el año entrante un centro

de extensión cultural por medio de conferencias dictadas por profesores, tendré oportunidad de continuar hablando sobre estos temas.

Creo indispensable principiár por hacer un recuento sucinto de la Historia de la Metodología, como fundamento a las consideraciones que más adelante habré de hacer, recuento que aunque conocido por la mayoría de las personas ante quienes tengo el honor de hablar, considero del caso analizar.

Si se toma como punto de partida el renacimiento, cinco son los renovadores de la época: Rabelais, Montaigne, Froebel, Pestalozzi y Rousseau. Tuvieron como precursores a Robin y a León Tolstoy.

El presente recuento histórico de la metodología es natural que como tal, carezca de originalidad y por lo mismo me limitaré a enunciar los principios en que los autores fundaron sus doctrinas.

Ya desde el renacimiento se pregonaba la autoactividad infantil y Froebel seguidor de Hegel, fincó todo su sistema en la ley eterna y constante, tanto en lo interior como en lo exterior. En lo interior la inteligencia, en lo exterior la naturaleza. He aquí resumido en una sola proposición todo el plan metodológico. Lo demás podrá entrañar acercamiento más o menos plausible hacia el ideal, pero éste no es otro, en todo tiempo y lugar, sino la preocupación constante porque la inteligencia llegue a su máximo desarrollo, principiando por el mínimun de ideas que existen en el niño y esa inteligencia no puede tener otro escenario que la naturaleza en donde la planta hombre actúa.

Así lo comprendió Cecil Reddie en el año de 1889 para quien el campo, el aire libre, fue su medio de acción; desarrollo progresivo de las facultades intelectuales y condiciones físicas, mediante el contacto con la naturaleza, así la labor educativa se circunscribe a mejorar al hombre y por lo mismo a la sociedad.

Para alcanzar estos fines la escuela es el medio, de manera que métodos, programas, disciplina, no son finalidades, sino medios y el maestro o profesor, no es el que enseña una materia: su fin es mucho más alto, más noble: formar caracteres.

Las ideas anteriores tuvieron fervorosos propagandistas en todas las naciones que comprendieron la trascendencia y significación social de la educación pública encaminada y dirigida con tan elevados propósitos.

Badley, discípulo de Reddie, fundó la escuela de Bedales, escuela que además de inspirarse en los métodos de Reddie, trajo la innovación de la coeducación.

En Inglaterra el modelo de interno es por lo común de hogares, pocos niños dirigidos por un maestro casado.

Corresponde el turno a Francia con Edmundo Desmoulins, a la cabeza del movimiento educacionista, cuya consecuencia lógica fue la fundación de la escuela de «Las Rocas», más tarde dirigida por Bertier.

En Alemania Herman Lietz fundó el internado campestre en Ilseburg. Posteriormente se creó la escuela de Haubinda y en el año de 1904 el colegio en Bieberstein. Gáudig y Kérschensteiner organizaron la escuela activa o del trabajo.

No podía sustraerse a este movimiento Ginebra con Claparède y lo adelanta con la creación de la Oficina Internacional de las Escuelas Nuevas. En Italia floreció bajo la doctora Montessori y Lombardo Radice. En Bélgica con la escuela para la vida y por la vida que fundó el doctor Decroly. España presenta como portaestandarte de las doctrinas de Ferrières a Francisco Giner de los Ríos, que con Castillejo fundaron el Instituto-Escuela. No menos importante es la propaganda iniciada por el señor Iglesias.

La contribución norteamericana en la última década del siglo pasado y en la primera de éste, cuenta con

psicólogos como James, Hall, Baldwin, King, Ki patrick, Thorndike. Dewey, ampliando la tesis de Froebel, señala a las teorías americanas finalidades sociales inspiradas en Froebel.

Todas estas doctrinas están basadas en la necesidad de que la educación sea integral, mediante una emulación sana y competencia bien encaminada de la enseñanza particular, en armonía con la que da el Estado.

Herbat niega las distintas potencias innatas en el hombre. Considera a éste como unidad que por el sistema nervioso se relaciona con lo que lo rodea.

Froebel, más rico reconocido, nos habla de la ley eterna que gobierna el universo.

James, con criterio de psicólogo, desentraña que la tendencia de la escuela debe ser la que procure armonizar los hábitos del niño.

Dewey, materialista refinado, no vislumbra el más allá, pero en cambio, para él la pedagogía es más necesaria para la colectividad que para el individuo.

Kerschensteiner estima que la educación debe habituar al niño a que se desarrolle según la propia experiencia y como finalidad no sólo la cultura individual sino la de la comunidad y aún más: esa comunidad no debe entenderse en el sentido de la propia patria sino en el de la humanidad en general.

Dedúcese de todo esto que es indispensable definir cuál ha de ser la política educativa que deba seguirse en cada Estado o nación, política que debe ser una como una es la Patria.

La anarquía que ha reinado entre los varios factores que contribuyen al adelanto cultural ha sido una de las causas para que no se haya progresado como fuera el anhelo de todo colombiano. El Estado encauza u orienta la educación por determinado rumbo; apoyado en el canon constitucional, dicta medidas que juzga las más adecuadas para la obra patriótica de la educación

de la juventud. En esa orientación se tropieza con vallas infranqueables en la corriente privada, la cual no obstante que dirige a la juventud y es por lo mismo su labor pública, no se amolda con las disposiciones emanadas de la autoridad. Esas dos tendencias opuestas, lejos de producir resultados benéficos para la sociedad, son elementos de contradicción y de descontento, porque el Gobierno, en ocasiones, se ve precisado a hacer respetar sus disposiciones. Se olvida que la misión principal del educador debe consistir en el desprendimiento; se aparenta un patriotismo que analizado no es otra cosa sino el propio interés. Todo se espera que venga del Estado; auxilios, becas, útiles, locales, muebles, etc. etc. en su parte material y si se trata de la parte moral, de la inspección o vigilancia, de la dirección, las disposiciones ejecutivas que se dicten, especialmente si tienden a asegurar mayor seriedad en los estudios, son causa de protesta, y lo que contrista aún más el ánimo es que, en veces, esas protestas son veladamente autorizadas por los que debieran acatarlas y ponerlas en práctica y en no pocas ocasiones por personas que aspiran a hacer política con tales pretextos.

Para poder aplicar los principios filosóficos anotados, sea que se considere la metodología como ciencia que se ocupa de las leyes naturales del entendimiento humano, aplicadas al desarrollo de cada entendimiento individual o ya como arte que estudia el conjunto de recursos y procedimientos empleados por los educadores, se necesita de una labor conjunta de unidad de acción, propósito de miras y de respeto a la autoridad. La labor educativa debe desarrollarse mediante la colaboración y acción armónica de las siguientes entidades: La Iglesia como organismo docente de suyo; el Estado dentro de las atribuciones que le corresponde de acuerdo con la doctrina de la libertad de enseñanza; los padres de familia dentro de la obligación moral que

tienen de educar y enseñar a los hijos; la juventud que constituye el porvenir de la patria y es la directamente beneficiada de los métodos y sistemas que se adopten; y los profesores y maestros que por su experiencia y conocimientos, fruto del estudio y de años de intensa labor, están en capacidad de comprender las necesidades que hay que satisfacer y los sacrificios que es preciso realizar para acomodarse progresivamente al adelanto y modificaciones que va imponiendo la técnica.

No es adelantar en la instrucción y educación públicas sostener planteles, fuera de la órbita, medidos culturalmente por el número de alumnos, para abonar a favor del colegio la mayor cifra y decidir que esa suma de unidades es la que le da consistencia al colegio. Dará este procedimiento como resultado que el mayor número de alumnos es un éxito pecuniario, pero para la patria se traduce en la ninguna selección, en el favoritismo y finalmente en estímulo burocrático.

Este aspecto del problema educacionista lo considero básico, porque bien entendido, bien aplicado, resuelve otros, que aún están entre nosotros por definir, por ejemplo: ¿En dónde termina la instrucción primaria y dónde comienza la instrucción secundaria?

El Colegio, animado de espíritu patriótico y que desee el adelanto de la juventud, debe tener como principio fundamental la selección y clasificación de sus alumnos; pero no la selección de castas, sino de inclinaciones, tendencias, edades, conocimientos, talento y demás condiciones del aspirante a matrícula. Ya se comprende que por este medio, los grupos van seleccionándose y cada curso contará con caracteres homogéneos, prenda esta segura de éxito. Con una selección científicamente hecha, desde la instrucción primaria, se obtendrá orientación en la juventud y las pruebas a que se va sometiendo el alumno, necesariamente contribuirán a una preparación conveniente. Así lo han com-

prendido naciones que como Chile, en la ley sobre educación primaria obligatoria, consagra que todo niño de uno y otro sexo y de siete a quince años de edad, está obligado a asistir a las escuelas con el fin de recibir la educación primaria competente y el grado de especialización vocacional y que la educación primaria debe tener por objeto favorecer el desarrollo físico, intelectual y moral del niño de acuerdo con las necesidades sociales y cívicas del país.

Desde el punto de vista del personal que debe concurrir a las escuelas primarias se puede considerar que entre nosotros la situación es compleja, porque aparte de los niños a quienes hay que enseñar, existe una masa grande de adultos, obreros, jornaleros, sirvientes, etc. que crean una situación de hecho por no haber recibido enseñanza primaria oportunamente y a los cuales también hay que ver la manera de librar del analfabetismo.

Si la instrucción primaria sirviera de base para seleccionar unidades; si esas unidades seleccionadas aún más en la instrucción secundaria, se especializaran en sus estudios previos para ingreso a la universidad, y si los colegios obraran, con una labor, como lo he dicho, armónica y solidaria entre los deseos del Gobierno Nacional y el aporte de todos los colegios, desde su mecanismo más elemental hasta el grado más alto de enseñanza, se evitarían entonces interpretaciones erradas y funestas para la educación pública y ésta llegaría al máximo de perfeccionamiento.

Existe una tendencia marcada, nacida de nuestra misma sociedad, hacia lo que hoy podemos llamar, entre nosotros, el ideal de los momentos actuales, tendencia llamada por el pueblo, apoyada por el Gobierno, preconizada por la prensa y lo que es más satisfactorio aún, insinuada por el clero y autorizada por la más alta autoridad eclesíástica: difundir la enseñanza primaria,

o lo que es lo mismo, luchar contra el analfabetismo, descongestionar la enseñanza secundaria y como consecuencia seleccionar el personal docente universitario. Clases baja, media y alta, todos estamos hoy penetrados del imperioso deber, como arma de defensa común, de enseñar al que no sabe.

El Ilustrísimo señor Arzobispo de Bogotá en documento de Estado, que mereció la más fervorosa felicitación del señor Ministro de Educación Pública, en circular dirigida a los señores curas párrocos de la arquidiócesis se expresa así:

«Las dificultades del tesoro en la presente situación impiden al Gobierno dedicarle al importantísimo ramo de la instrucción pública la cantidad de auxilios pecuniarios que ésta habría menester para la conservación de su estado actual y mucho más para su fomento y conveniente desarrollo.

«En circunstancias tan angustiosas, los ciudadanos todos y especialmente los sacerdotes, hemos de redoblar nuestros esfuerzos para suplir aquella obligada deficiencia, en cumplimiento de un deber de caridad y patriotismo.

«Es la enseñanza primaria una continuación tan natural de las labores educativas del hogar doméstico, que la iniciativa privada, en vez de subordinarse a la oficial y pública, debería adelantarse a la acción del Estado en orden al establecimiento de escuelas verdaderamente cristianas, que el Gobierno, dotado de mayores recursos, no podría dispensarse de apoyar, bien por interés propio, ya en obsequio a los fueros de la justicia», y más adelante dice: «Para que la instrucción no sea meramente especulativa, señálese el debido lugar a la enseñanza teórica y práctica de la agricultura, base de la prosperidad de las naciones y que entra como por derecho propio en las escuelas primarias, especialmente rurales».

Al expresarse así el señor Arzobispo indudablemente lo hace porque en su doble carácter de sacerdote y de pastor le ha tocado presenciár el cuadro lastimoso de los hogares rurales en donde el niño de campo entre los cuatro a quince años de edad se le ve trabajar medio desnudo, aspecto demacrado por los estragos del hambre y con la carga de leña a la espalda, obligado por sus padres, látigo en mano, a ganar desde entonces con el sudor de su frente, no sólo el escaso alimento para él, sino para la familia. Problema es éste alarmante entre nosotros, que preocupa seriamente a los dirigentes de la instrucción y que es de observación diaria en nuestro medio.

La labor educativa hay que llevarla hasta los padres de familia desde la clase ínfima o labriega a quienes es menester inculcar el deber de instruir a sus hijos en las escuelas primarias, en vez de obligarlos desde temprana edad a llevar con el fruto de su trabajo los recursos pecuniarios para el hogar. En otro orden social esa labor educativa atañe también a los padres de familia, quienes muchas veces por consideraciones sentimentales o por negligencia, no tienen el hábito de preocuparse por la obligación de vigilar y contribuir a la educación de sus hijos, se contentan únicamente con colocarlos en los colegios y saber que concurren a las clases. Hay una desvinculación total entre el colegio y los padres de familia o de los que hacen sus veces, de tal manera que el alumno consciente de esta desvinculación y a sabiendas de que los que tienen dominio natural sobre él no se preocupan por seguir paso a paso sus progresos dentro del colegio, pierde el estímulo necesario y no ve en el maestro sino al institutor necio y obstinado que pretende hacer de él únicamente su voluntad para lo cual no considera que tenga ni la autoridad ni el derecho para guiarlo. En esta colaboración desempeña papel importantísimo la mujer, pues siendo

ella quien está en contacto más íntimo, en el hogar, con el niño, lo aprecia más de cerca. En no pocas ocasiones, por ejemplo, no corresponde la manera de ser o de conducirse el niño en el hogar y en la escuela. Podría decirse que son dos seres diferentes: en el hogar festivo, insinuante, hasta charlatán. En la escuela tímido, de carácter deprimido, silencioso. Unidos los datos e informes mutuos del colegio y del hogar, se busca la causa o razón de ser del cambio, la madre justamente preocupada con la dualidad de su hijo, indicará al colegio sus observaciones y éste, mediante una dirección científica despreocupará al muchacho de los temores que lo inducen a fingir en el colegio, ser lo que en el fondo no es y de esta manera se logra salvar a la sociedad de un ciudadano hipócrita.

Así lo comprende el Excelentísimo señor Presidente de la República, quien en su discurso de posesión de mando trae los siguientes apartes que considero de gran trascendencia: «Entre las grandes necesidades de la nación se halla la de perfeccionar sus métodos educativos. Esa tarea principia en la lucha contra el analfabetismo que arroja entre nosotros cifras que tenemos el deber de disminuir».... «El Gobierno, aun en periodos de relativa prosperidad, no puede por sí solo desarrollar la integridad de su programa. Pero sí debe y puede apelar a la nación en solicitud de concurso y promover un gran movimiento de la opinión en pro de la educación nacional. Uno de los medios más eficaces para el logro de este ideal podría ser el de una campaña nacional, una gran cruzada del alfabeto, que predicada por el Gobierno, se propague por todos los ámbitos de la Patria y enrole en filas entusiastas a todas las fuerzas morales y sociales del país como son el clero, la mujer, la prensa y las clases de cultura intelectual que entre nosotros tiene un papel directivo y una grande influencia moral».

Toda esta patriótica propaganda ha dado como resultado la organización particular de centros culturales, tales como Universidad Popular, Legión Femenina, Comité Femenino del Alfabeto, Centros Sociales Obreros de Cultura, Escuelas de Lustrabotas, Escuelas Gratuitas, Comités de Bibliotecas Escolares, Cita Cultural, Escuelas Nocturnas Obreras y tantas otras instituciones que diseminadas hoy por la República habrán de cosechar en no lejano día benéficos frutos.

Hay que encauzar esas tendencias con prudentes procedimientos porque si bien es cierto que tan laudables iniciativas son inspiradas por sus autores y fervorosas propagandistas con espíritu altamente altruístico, si no se orientan con un plan metodológico, teniendo en cuenta siempre la integridad del educando, circunstancias que constituyen el fundamento sólido para el futuro de las unidades que forman el grupo escolar, puede acontecer que esos elementos sean más bien peligrosos para la nación. Por parecerme de importancia reproduzco lo que a este respecto dice el profesor uruguayo Luis Morzone en su interesante artículo sobre la deficiente organización de la escuela primaria:

«Si el analfabetismo puede detener el progreso de una nación, una instrucción escasa, incompleta, incoordinada, puede desgraciadamente empujarla hacia la corrupción insanable.

«Quien está sumido en la ignorancia completa, en la práctica cotidiana de la vida, aguza casi siempre sus facultades, hace frente a las insidias y sigue como puede, pero consciente, el progreso de la vida social; o bien se abandona con la ciega fe antigua y con la seguridad imprudente del hombre primitivo y fatalista a quien sabe qué más.

«Pero aquel que tuvo la mala suerte de recibir por fuerza una instrucción incompleta —aun cuando es sostenido por un carácter fuerte y por una inteligencia

vivaz— desdeña el consejo de los que saben; confía enteramente en sí mismo, escucha complaciente tan sólo lo que halaga sus pasiones; lee y no sabe discernir o se abandona a aquella lectura corrompida que desgraciadamente es de fácil comprensión para todos; sigue a quien grita más fuerte y no tarda en convertirse en instrumento de él; se avergüenza de su condición y quiere cambiar de situación, sin tener para ello ni la fuerza, ni la virtud; mira con envidia lo que no comprende; tiene la pretensión de conquistar en un día lo que es fruto de un trabajo secular; se deja tomar en las redes del lujo y de la vida alegre donde cree brillar y —sin darse cuenta— escurre entre los corrompidos y los corruptores».

Las ideas anteriores sintetizan una situación contra la cual es preciso reaccionar para que no se conviertan en un estado general de graves consecuencias nacionales. Es preciso aceptar con franqueza que este peligro social nos amenaza seriamente. Es necesario que las consideraciones anteriores obliguen a pensar que el problema de la educación pública no debe resolverse con precipitación, sin un estudio meditado y como factor aislado, especialmente en lo que se refiere a la escuela pública oficial o privada, sino que es indispensable, para proceder con eficacia, abarcarlo en conjunto, relacionando las diferentes actividades educativas que tienen que ver la escuela primaria, secundaria y universitaria. No es posible que se transforme la educación primaria, ni que se logre un progreso efectivo aumentando únicamente el número de escuelas, con métodos anticuados, con personal docente deficiente y sin locales y elementos apropiados.

En alguna ocasión dije: existe la creencia muy generalizada de que el magisterio es una de las ramas de la beneficencia y en no pocas veces se oye decir, cuando se solicita una colocación, que aun cuando fuera una

escuela o el profesorado en una clase bastarían para que el peticionario quedara satisfecho.

En todo orden de ideas existe un factor primordial, conductor en cada caso del fin que el individuo se proponga. En la Instrucción primaria ese factor esencial y definitivo es el maestro. Este debe poseer instrucción general propia, nociones suficientes de psicología, además de los conocimientos técnicos correspondientes para que pueda instruir y educar fácilmente a los niños. El maestro es quien analiza a cada uno de sus discípulos, quien conoce la índole o carácter propio de cada unidad, quien lo encauza por senderos seguros y eficaces para que con criterio personal pueda guiarse en las diversas circunstancias a que necesariamente habrá de estar sometido, lo cual no se logra si desde el principio no ha habido una fuerza moral que complemente la de los padres, para reforzar en el ánimo del niño la entereza de carácter, la inclinación sana de la voluntad y la noción exacta del cumplimiento del deber.

El Gobierno Nacional así lo ha entendido y por eso al contingente particular y privado de este influjo poderoso que sobre la lucha contra el analfabetismo invade hoy a toda la República, ha creado el puesto de Inspector Nacional de Instrucción y ha llamado para desempeñar tan elevado magisterio al eminente educador doctor Agustín Nieto Caballero, cuyo nombre es augurio de acierto y la mejor prueba de que el Gobierno anhela encauzar la instrucción por senderos de la más rigurosa base moral, filosófica y científica.

Mediante esa selección progresiva llegarán a la instrucción de especialización para ingreso a las universidades, elementos que, aparte de la vocación necesaria para determinada carrera, sean individuos que por su talento, condiciones morales y demás cualidades para el ejercicio de una profesión, hayan de ser exponentes de cultura específica para satisfacción propia y honra de la patria.

Esta es la misma corriente que inspira las tendencias educativas de segunda enseñanza en Chile, para no citar naciones de otro Continente. El Presidente de la vecina República, en reciente nota oficial, se expresa así: «Una preocupación cardinal de mi gobierno es la de obtener que la enseñanza secundaria alcance la eficiencia que necesita y recobre su verdadera orientación. Deseo que en ella impere un criterio realista y social, para que los colegios sirvan los intereses de la colectividad y no se olviden y aparten de ella como desgraciadamente ha ocurrido. Durante muchos años los Liceos han estado formando generaciones mal dotadas para la lucha por la vida y en general sin sólidas disposiciones para el estudio serio y el trabajo productivo. La mayoría ha ido tras el aumento material de la enseñanza que se imparte en los Liceos descuidando la caridad mental y moral de los elementos que con ella se forman y la verdad es que no necesitamos un tan gran número de bachilleres, pero sí un grupo de bachilleres más selectos. Estos colegios deben dar la mano a las escuelas profesionales, entregándoles después del primer ciclo a los jóvenes que por su empeño o iniciativas puedan ir luego a trabajar en la industria y en el comercio para incrementar la economía de la nación. Es indispensable que la población escolar se distribuya más en armonía con las verdaderas necesidades escolares. Al profesorado corresponde íntegramente la responsabilidad de esta tarea y a él se liga por tanto el porvenir de la patria; del acierto y desinterés que ponga en su labor, depende que las futuras generaciones salgan orientadas a su verdadera vocación; poseídas de un fuerte espíritu nacionalista, de un patriotismo acendrado y de un concepto verdadero de la vida».

Con esta orientación dada a la enseñanza secundaria, es decir, dividida en dos ciclos, uno de cultura general y otro de especialización profesional, los exámenes

de admisión a las Facultades no serán el ogro temido, porque esas unidades habrán obtenido una educación previa y sólida. Hoy lo que acontece es que pénsam, programas y medidas dictadas por el Ministerio de Educación son para algunos motivo de censura porque esas medidas implican mayores erogaciones para la mejor dotación material e intelectual de los colegios.

¿La culpa de todo esto la tendrá el gremio estudiantil? No. La causa de tales desaciertos hay que compartirla. Se debe ya a esa falta de unidad filosófica o de acción solidaria entre los factores que contribuyen a la labor educativa, ya a anomalías de algunos colegios.

Antes de ensayar métodos, más o menos buenos, más o menos adaptables al medio en que se vive, tómese una resolución firme, patriótica de solidarizarse con el principio educativo que más convenga para la nación y luégo sí imp'ántense sistemas. Márquese determinada tendencia hacia un ideal, tendencia que debe ser apoyada por el Estado, por las autoridades privadas y particulares, única manera es ésta de obtener cultura propia. La educación de la juventud es obra tan sagrada que requiere de parte de los dirigentes desinterés personal, es un verdadero sacerdocio para oficiar decorosamente en el altar pulcro y bello de lo más sagrado que encierra la Patria: la niñez y la juventud.

Es oportuno recalcar que el Gobierno Nacional y el Congreso han dado pasos firmes para encauzar la orientación de la juventud con ideales educativos que puestos en práctica, conjuntamente, es decir, apoyados por todas las entidades docentes, la seriedad de los estudios estaría asegurada con pocos años de labor continua y tenaz y por consiguiente, el porvenir de Colombia.

No podemos siquiera culpar a la madre Patria de abandono educativo de sus colonias. Esa labor se inició desde la conquista, pero faltó desde un principio

orientar la enseñanza en sus ramificaciones con criterio ajustado al principio de la libertad de enseñanza bien entendida, de esa libertad que más tarde preconizó León XIII, es decir, «de la libertad propiamente dicha, no de la licencia que ha usurpado para sí el nombre de libertad». Por lo que hace a Nueva Granada los historiadores aseguran que a pesar del difícil acceso existían en el siglo XVII veintitrés colegios y además escuelas primarias en casi todos los conventos, y en la época de formación, siglos XVI y XVII, existían varias universidades.

Don Vicente Quesada, escritor argentino, al hablar sobre estas tendencias educativas de aquella época se expresa así: «No había lugar en la existencia colonial para las luchas políticas, toda actividad se cifraba en luchas académicas, las cuales dieron por resultado una cultura refinada, letrada.... que dió a la sociedad americana.... un barniz retórico, formulista, discutidor, erudito, cultivador de la forma y apegado a las exterioridades, que concedía una importancia decisiva al punto verbal.... quizá un tanto sofista y sobre todo de un indiscutible y afectado ergotismo».

Como remate a las afirmaciones que estoy haciendo, oígase lo que la escritora Enriquez Ureña dice al respecto:

«Este carácter medioeval subsistió largo tiempo en la educación Hispano-americana. Los oficiales de marina y hombres de ciencias españoles Ulloa y Jorge Juan, que el siglo XVIII acompañaron a través de la América del Sur a la Misión Científica de LA CONDAMINE, notaron que la juventud educada de las colonias, dotada de inteligencia viva y capacidad para la rápida asimilación, tenía vastos conocimientos de teología, filosofía y hasta Jurisprudencia; pero era ignorante en el terreno de las ciencias políticas, físicas y naturales».

Por lo limitado del tiempo, no me es dado analizar una a una las etapas que la educación pública ha tenido en Colombia, con rumbos desorientados, sin ideología

propia, mucha instrucción, deseos muy grandes de reformas, pero semejante esas tendencias a la lluvia torrenciosa que cae sin poderla encauzar, perdiéndose e inutilizándose en el espacio. Para el fin que me propongo basta anotar hechos: por ejemplo, por lo que hace a la segunda enseñanza, Colombia tenía establecido el bachillerato común, seis años de estudios, sin especialización, lo que se llamaba bachillerato en Filosofía y Letras. Se venía clamando socialmente la necesidad de dividir o clasificar los estudios de segunda enseñanza orientándolos hacia ideales que aseguraran el éxito en los estudios universitarios. En el año de 1928 el Gobierno tomó medidas consistentes en dividir en dos grupos la enseñanza secundaria. El primero, que constituye el bachillerato común y ordinario con cuatro años de estudios y con determinación precisa de materias; el segundo, con tres años de especialización, una vez terminados los cuatro años anteriores, para estudios previos e ingreso a la Universidad en cada Facultad. El decreto respectivo expresa que las materias que constituyen el programa del bachillerato ordinario serán asunto de un estudio más profundo de especialización, es decir, en el segundo ciclo de la enseñanza secundaria. Se deja igualmente a los establecimientos la facultad de ampliar y desarrollar sus iniciativas técnicas y pedagógicas, dentro de las materias señaladas, pero con obligación de dictar prácticamente los cursos que la pedagogía exige como tales. En las disposiciones anteriores quedan comprendidas tanto la reglamentación del bachillerato técnico, como las del bachillerato en ciencias, estableciéndose así una clasificación que hasta esa fecha no existía.

El estudio y la organización de la enseñanza secundaria es bastante complicado, porque siendo más extensa, comprende diversas materias, las cuales, con el correr de los años han ido ampliándose, de donde deducen un

problema pedagógico en cuya resolución se ha ido a todos los extremos.

La nueva orientación dada a la segunda enseñanza fue recibida con beneplácito general en Colombia y la trascendencia de esta medida puede apreciarse, si se considera que inmediatamente, por lo que hace a las naciones extranjeras, el gobierno de Francia comunicó al de Colombia la decisión de ser admitidos dichos estudios como equivalentes al bachillerato de enseñanza secundaria francés para ingreso a las universidades de esta República, y posteriormente el Gobierno de Italia adoptó la misma medida.

Cuatro años después de implantada la reforma a que me refiero, el Gobierno resuelve que además del examen sobre especialización para ingreso a las Facultades Universitarias, se interrogue a los aspirantes sobre cultura general cuyos estudios comprenden los cuatro años de enseñanza secundaria, previa a los estudios de especialización, y entonces se olvida la aceptación unánime que tuvo la reorganización de los estudios, se critican esas medidas y se dice que es excesivo, injusto e imposible, física y moralmente, que el alumno se someta a los rigores propios de prueba para ingreso a la Universidad.

Mas investigando a fondo se llega a la conclusión de que la causa de esa alarma, que para muchos llama la atención, pues no es explicable que un alumno que aspira a ingresar a la Universidad le tema a un interrogatorio sencillo sobre preguntas de cultura general, estriba esa causa en que algunos colegios de segunda enseñanza no han sabido interpretar o no lo han querido, los deseos del Gobierno, consistentes en que no se puede hacer estudios de segunda enseñanza de especialización mientras el alumno no haya terminado los cuatro años de enseñanza secundaria general. Por esta razón es muy natural que el alumno se alarme, que reclame sobre el

nuevo examen si el colegio se ha dedicado a prepararlo exclusivamente en especialización, sin tener esos estudios las bases sólidas de cultura y en ocasiones a adaptar el alumno para prestigiar el establecimiento donde hizo sus estudios. Pedagogos de fama han llegado hasta sostener que no es debido interrogar a un alumno sobre cursos o materias hechas cinco años atrás, lo que equivale a plantear este extraño problema: los conocimientos se almacenarán por años, vencido el año es prohibitivo exigir al estudiante prueba de la cultura general, de esa cultura que precisamente le habrá de servir para toda la vida.

Dentro de esta enseñanza es preciso condensar en cada una de las materias los conocimientos y las nociones fundamentales que el alumno debe poseer, sobre la base de programas que impliquen desarrollo de iniciativa, de raciocinio y de curiosidad, aun en aquellas materias en que la memoria desempeña un papel importante, porque si tales programas inspiran vida en su ejecución y asimilación las nociones fundamentales, los hechos y aun los detalles se grabarán mejor en el alumno y le servirán de base para sus estudios posteriores.

No hay noción, hecho o incidente que desde el punto de vista educativo no pueda acomodarse a la realidad y al espíritu mismo del educando, interesándolo cada vez más en perfeccionar sus conocimientos y en despertarle mayores iniciativas. Precisamente la variabilidad y prudencia en la adopción de métodos y sistemas, evitar el recargo tan peligroso en la enseñanza secundaria, recargo que puede ser físico e intelectual y que es la causa para que se tengan en cuenta los problemas que con tal enseñanza mal organizada pueden presentarse desde el punto de vista fisiológico, es decir, médico e intelectual.

Quien tenga espíritu de observación presenciara lo que acontece en Bogotá, como ejemplo tomado al acaso,

y que indica que algunos establecimientos de segunda enseñanza ni siquiera insinúan a los alumnos método de estudio. Basta con tomarles la lección e indicar la del día siguiente. Un grupo numeroso de estudiantes, a última hora, mientras se exigen las medidas serias o pruebas de ingreso a la Universidad, se citan para repasar sus cursos. Lugar de estudio para concretar la atención, leer sin distraerse: el capitolio nacional. Llegan con cuatro o cinco libros que colocan en lugar desde donde, a cada momento, pueden observar qué manos codicias no los privarán de las armas del saber. Principia el estudio por el sistema aristotélico. Uno lee, dos o tres compañeros observan lo que pasa. En el momento más interesante de la lectura, llegan con dirección a las cámaras los congresistas. El libro se cierra, principian las anécdotas, relatan la historia política de cada personaje y terminan por ocupar puesto en las barras. Al día siguiente se repite la escena y mientras tanto los padres de familia viven con la ilusión del adelanto de los estudios de sus hijos.

La desorientación que reina en los colegios es una de las causas de la desadaptación de los alumnos y por esto cuando el alumno necesita cambiar de colegio al ingresar al nuevo establecimiento, o fracasa desde un principio, por la diferencia de métodos, o viene la descalificación, y si en un plantel cursaba estudios superiores, en el otro tendrá que retroceder. Unificados los pénsumes y armonizados los programas de estudios, los colegios funcionarían unísonos, el personal escolar tendría asegurado el tiempo y la sociedad se beneficiaría positivamente. Como consecuencia de esa desorientación no es extraño observar que colegios bien organizados que tienen establecida la práctica pedagógica de la selección, eliminan unidades impropias para seguir estudios profesionales, eliminación efectuada únicamente, con la intervención del médico escolar, y como es na-

tural, con análisis de diversos factores decisivos en la orientación profesional, y sin embargo esas unidades, así eliminadas, pasan a otros establecimientos y en pocos años ostentan la borla de doctor.

Es indispensable, por lo tanto, que desde la educación primaria, como se vio, se organicen las escuelas ejemplares o modelos, con intervención del médico escolar y del odontólogo, para así poder analizar unidad por unidad, cuyas causas de desadaptación pueden provenir unas por atavismo, otras por defectos propios del individuo y por tantas otras circunstancias, que no solamente diagnosticadas, sino tratadas, conducirían al perfeccionamiento de la enseñanza mediante el cuidado propio con cada niño. Para ser justo debo reconocer que este sistema se halla establecido en algunos colegios de la capital de la República y en algunos Departamentos. Tuve ocasión, por ejemplo, de visitar el Colegio de Santa Librada de Cali y persuadirme del influjo poderoso y del contingente eficaz y decisivo que el médico desempeña en el colegio. Debido a la desinteresada, tenaz y patriótica ayuda del distinguido profesional doctor Demetrio García Vásquez, quien como es sabido ha consagrado todos sus desvelos por el adelanto de la educación en el Valle del Cauca, el Colegio de Santa Librada, por medio del Consejo Directivo, delibera, analiza cada caso, selecciona, corrige y avanza sobre cimientos sólidos, porque está respaldado científicamente.

Siempre se discute entre nosotros acerca del fin de la educación, problema éste que hay que contemplarlo desde dos puntos de vista: el fin general y el fin especial. Para reorganizar la enseñanza es muy importante este segundo punto porque debe hacerse tomando como punto de partida la escuela infantil, la primaria, luego la secundaria y finalmente la profesional, y así armonizadas todas las tendencias acomodar los estudios

a un plan metódico, uniforme e integral. Desgraciadamente la finalidad de los estudios no satisface con las actividades llevadas a cabo y con los deseos de antaño de legisladores y gobiernos. La superproducción de doctores en nuestro medio social obedece, entre otras razones, a la tendencia marcada de convertir los estudios de segunda enseñanza en fábrica de futuros doctores. Puede decirse sin exageración que no hay alumno que al ingresar por primera vez al colegio no lleve en su mente, fomentado por sus padres, el deseo de doctorarse, aspiración noble es cierto pero que no conduce sino a dos cosas: primero al proletariado intelectual, y segundo a restarle unidades a otras ramas del saber, a la industria y a las artes de que tan necesitada está hoy la patria. Puedo afirmar por lo que hace a las becas nacionales, concedidas a jóvenes que por sus condiciones peculiares de todo orden, debieran adelantar estudios en artes e industrias, que apoco tiempo de seguir esa clase de estudios, solicitan el cambio de la beca para la sección del bachillerato. Los colegios se contaminan con este mal educativo y con descuido de la labor docente industrial y artística propia de la índole primitiva de su fundación, abren campo propicio a otra clase de estudios y, si se me permite la paradoja, degeneran en establecimientos de estudios secundarios con especialización para ingreso a la universidad, deficientemente organizados.

En cuanto al fin especial, para unos consiste en educar a sus hijos, para que más tarde se ganen la vida; y ya anoté que en la clase baja rural estriba en no educarlos, como medio de afianzar el sustento diario; para otros ese fin debe ser antidemocrático, de seres privilegiados que hacen odiosa la educación por ese aspecto; otra escuela hace consistir el fin educativo en procurar el desenvolvimiento gradual de las facultades; y para otros en una tendencia de imitación de sistemas

de otros países. Todos estos fines pueden tener más o menos fundamento, pero no son fines únicos y sería prolijo entrar a analizar uno por uno detenidamente. Quizá uno solo no satisface a la mente humana. No el del padre de familia, porque está basado en el egoísmo; tampoco el de los privilegiados, porque es ideal pugna con nuestros principios sociales; el del desenvolvimiento gradual de las facultades es un medio no un fin; anhelo de imitación pugnaría con el medio social de cada estado o nación. De aquí que este problema, más propio de los estudios psicológicos que pedagógicos, induce a creer que su solución es tan vasta que más que un fin, la educación debe ser una aspiración: la de formar ciudadanos útiles.

La reforma legal de la educación pública debe en consecuencia, en mi entender, hacerse con un plan metódico, con fin ideológico, de manera concisa que comprenda las distintas ramas de la educación desde la escuela primaria hasta la universitaria. Los proyectos aislados que contemplan una sola faz de la instrucción causan desconcierto y perplejidad.

Muchas veces se ha dicho que crear una nacionalidad no es obra de un día, ni de una sola generación, y que la sólida base de esa obra es la educación. Aún es tiempo, lleva nuestra vida independiente ciento veinte años. La primera centuria fue de lucha azarosa por las revueltas interiores. Los últimos veinticinco años de paz han sido sellados con la concordia, y en estos momentos de conmoción mundial se ha dado ejemplo de serenidad y de valor. Que la inteligencia comprenda y la memoria guarde las frases de aliento y de estímulo de los Gobernantes, lanzadas en documentos de Estado, como medio de propaganda en favor de la educación, para cuya realización definitiva es necesaria la colaboración de Gobiernos, sociedad y maestros. Si no hubiera sido por la influencia y el apoyo que Luis XIV desplegó

por las ciencias y por las artes, las páginas de la literatura francesa no estarían adornadas con la elocuencia elevada de Corneille, ni con la lírica de Juan Bautista Rousseau, ni con la psicología de Racine; en el campo filosófico, no se contaría con la agudeza de Pascal, ni con la profundidad de Descartes; en la oratoria sagrada no brillaría Bossuet, el sublime panegirista, ni Bourdaloue y Fenelón con la persuasión, sencillez y elegancia, y finalmente las artes no ostentarían la arquitectura de Perrault, la escultura de Puget, ni con el pincel de Pousin. Si todos estos genios no hubieran sabido aprovechar los vigorosos impulsos del Monarca, quizá aquella época no hubiera merecido el calificativo de clásica.

Obliga mi gratitud para con el Centro de Estudios que me ha brindado la ocasión de hablar de estos temas trascendentales, ante tan selecto auditorio.

Al dar las gracias más expresivas por la benevolencia con que habéis escuchado esta disertación, sirveme de excusa la siguiente anécdota del eminente educador argentino señor Sarmiento: «Paseábamos en bote con algún amigo, y Sarmiento le preguntó si sabía nadar; a la respuesta negativa, aconsejóle que se arrojará al agua y no se ahogaría si conservaba la cabeza fuera. Mis tarde el mismo amigo creía haber acopiado ideas propias sobre algún asunto y manifestó al mismo maestro la perplejidad de no saber hablar en público.

¿Te acuerdas cómo aprendiste a nadar? Pues así se habla: «Estudia y medita, y si logras adquirir un convencimiento, exprésalo tal como lo sientes. Darás manotadas inútiles al principio si te preocupas demasiado del efecto; pero la convicción y el asunto mismo te sostendrá sobre el agua. Si tienes ideas propias, tendrás estilo propio. Las reglas de la elocuencia se han inventado para explicar la elocuencia y nunca han servido para hacer elocuente a nadie».